

causa.
Acaso des-
fuera dado obs-
rioso zombie que in-
sin ton ni son y a qu-
furor "místico" lo hace ana-
car a cada instante del inte-
lecto de que lo dotó la natu-
raleza.

¿Cómo penaría entonces ese Clodomiro Almeyda liberado al leer las adocenadas monsergas que escribe hoy en "Última Hora" el ser teleguiado que usa su nombre! Lo menos que le parecería es que no se pueden escribir tantas ineptitudes en una columna tan pequeña que, para más remate, como simbolizando la ceguera, se llama "Así lo veo". Y tendría toda la razón. Cada cual es dueño de ser tan simplista como puede, pero la cosa es grave cuando se escribe en un

ta, que
manitarian-
cesidad del pa-
gerará la nota?
be que las épocas
son siempre muy
porque nunca se sabe
llegarán frente a él y
mostrarán tanto valor
enfrentarlo como para p-
fiar un modesto artículo
redacción?. Confiérmese mejor
con una pared, don Clodom-
ro. Y si todavía es demasiado,
con un árbol. A veces se ne-
cesita cuando falla el heroís-
mo.

EGMONT

APUNTES DE UN ESCOLAR:

"La Nación"
Feb. 11, 1961

Los hinchas

Yo antes de meterme a contar en el diario las cosas que pasan, ya sea en el barrio, en el Africa o en la calle Dardignac, creía que los únicos que tenían hinchas eran los jugadores de fútbol, los cantantes de boleros y las gallas de la primera fila del Bim Bam Bum.



Pero resulta que también los intelectuales, o sea, los que trabajamos con la parte de adentro de la cabeza, tenemos admiradores de todos colores y tamaños. Y son muchos los que me escriben. Desde la dueña de casa que me pide que escriba del precio de la mantequilla, hasta los cabros del Club "El Peñascaro", que me solicitan les redacte las actas de las sesiones solemnes, eliminando los garabatos, igual que en la Cámara.

Y lo bueno que tienen los hinchas de uno es que son mucho más fieles que los de Jaime Ramírez o de Hormazábal, que si pifian un chute, los tapan a botellazos.

Y cuando alguno de estos hinchas es gallo importante, o periodista, o escritor, o el almacenero que me fia Coca-Cola, me pongo todo orgulloso y saco pecho como la Lollobrigida.

Porque entre mis admiradores tengo a escritores como Sergio Vodanovic, aunque se enoja cuando pelo a Frei; a pintores como Alfonso Luco, que también se enoja por lo mismo. Yo creo que los dos serían paleístas si no los dominaran sus esposas, que son más demócratacristianas que la existencialista de mi hermana.

Otra de mis admiradoras es María Romero, la mamá de "Ecran", pero le estoy teniendo un poco de miedo, porque se está poniendo muy comunista, y se lo pasa peleando con "El Mercurio"; lo ha tratado hasta de "decano de la prensa amarilla", "pasquín sensacionalista", "Clarín" con avisos económicos", y otras lindezas por el estilo. Yo no sé cómo la van a dejar entrar a Estados Unidos el próximo martes.

Y ayer supe que el redactor económico S. Aragrev también era un fiel lector mío. Debo confesar que yo también lo leo todos los domingos, para saber en cuánto estamos encalillados con el Fondo Monetario, y si ha bajado el costo de la vida.

Lo único que siento es que el Chicho no sea también un hincha mío; si fuera así, le pediría que los domingos nos dejara ir con mi hermano chico y el gato en el camión amarillo. Aunque tuviéramos que oír discursos de Orlando Millas.

Bigote